

Las ventajas de la aristocracia tradicional frente a las élites funcionales modernas

Apuntes filosóficos sobre lo rescatable del mundo premoderno

H. C. F. Mansilla
Bolivia

Resumen

En comparación con las alienaciones del mundo moderno y las falacias del igualitarismo debemos rescatar algunos aspectos razonables del ámbito premoderno. La monarquía y la aristocracia hereditarias pueden aun aportar elementos teóricos y ventajas prácticas para una convivencia razonable en esta era de la corrupción masiva y la manipulación colectiva a través de los medios de comunicación. Es necesario combinar los testimonios valiosos del pasado histórico y de la esfera simbólica con los aspectos racionales del ámbito democrático.

Abstract

Compared with the alienations of the modern world and the fallacies of egalitarianism we must rescue some reasonable aspects of the premodern sphere. Hereditary monarchy and aristocracy can still contribute theoretical elements and practical advantages in this time of massive corruption and collective manipulation through the mass media. It is necessary to combine valuable testimonies of the historical past and of the symbolic sphere with rational aspects of the democratic scope.

1 Preliminares

Como afirmó Jürgen Habermas, siguiendo una intuición de Walter Benjamin, el pensamiento crítico con intención práctica puede ser fomentado mediante el análisis y la recuperación del sentido de los elementos excéntricos y extravagantes del desarrollo histórico.¹ En pos del intento de recobrar algunos aspectos positivos del orden premoderno, se analizará aquí la monarquía y la aristocracia hereditarias como modelos institucionales que nos unen con la historia y que encarnan valores de orientación no cuantificables y estrategias evolutivas de largo aliento. Esta toma de posición en favor de lo premoderno está basada parcialmente en autores representativos de la modernidad y en críticos progresistas de la misma. En la obra de estos autores se halla un tratamiento diferenciado del legado premoderno: ésta es la mejor predisposición para comprender de modo más adecuado una compleja problemática oscurecida por los prejuicios y las modas intelectuales de los últimos doscientos años, entre las que se distinguen hoy las variantes actualizadas del marxismo, el posmodernismo y el relativismo cultural. En cuanto “resistencia consciente contra los lugares comunes” y “obligación de no ceder a la ingenuidad”² (Theodor W. Adorno), el impulso crítico-filosófico puede brindar eminentes servicios a la humanidad, puesto que representa un estímulo contrario a la resignación generalizada y a las certezas convencionales de la época. Este impulso está opuesto a la actitud predominante hoy en día en los campos académi-

¹ Habermas, Jürgen, *Philosophisch-politische Profile* (Perfiles filosófico-políticos), Suhrkamp, Frankfurt, 1998, p. 11.

² Adorno, Theodor W., *Philosophische Terminologie. Zur Einleitung* (Terminología filosófica. Introducción), Frankfurt: Suhrkamp 1973, t. I, p. 132; Adorno, “Wozu noch Philosophie”, en: *Eingriffe. Neun kritische Modelle* (Intervenciones. Nueve modelos críticos), Suhrkamp, Frankfurt, 1964, p. 21.

cos e intelectuales, donde lo habitual es plegarse a la moda del momento con genuina devoción.

Ante las aporías del presente es conveniente, por lo tanto, retornar a algunas reflexiones de la Escuela de Frankfurt. Variando un aforismo de Theodor W. Adorno, arduo de traducir, puede decirse que la tarea de un intelectual debe ser pensar lo absoluto y soportar lo prosaico y cotidiano. El esfuerzo teórico debe contener “la fuerza explosiva del decir no”. Hay que reflexionar atrevidamente: no hay que dejarse influir por la fuerza de las convenciones y de lo ya pensado.³ En primer lugar no debe despreciarse la tradición, ya que esto es como olvidar premeditadamente el sufrimiento acumulado. No hay, por otra parte, que exaltar una determinada tradición, pero si se elimina una de ellas, empieza la “marcha hacia la inhumanidad”.⁴ En un hermoso pasaje afirmó Adorno: Una sociedad emancipada no debería ser una sociedad del uniformamiento, sino “la realización de lo general en la reconciliación de las diferencias”.⁵ Una política inspirada en el humanismo no debería propagar la igualdad forzosa y forzada de los seres humanos ni siquiera como idea regulativa. La situación óptima es aquella donde reina la posibilidad de ser diferente sin sentir miedo.

Hay que reiterar que aquí solo se examinará algunos elementos rescatables de la época premoderna, y se evitará caer en un tradicionalismo, es decir, en una apología de la tradición por la tradición misma, como si toda creación posterior

³ Adorno, Theodor W., *Negative Dialektik* (Dialéctica negativa), Suhrkamp, Frankfurt, 1966, p. 170.

⁴ Adorno, Theodor W., “Thesen über Tradition” (Tesis sobre la tradición), en: *Ohne Leitbild. Parva Aesthetica* (Sin modelo. *Parva aesthetica*), Suhrkamp, Frankfurt, 1967, p. 35.

⁵ Adorno, Theodor W., *Minima Moralia. Reflexionen aus dem beschädigten Leben* (*Minima moralia. Reflexiones desde la vida deteriorada*), Suhrkamp, Frankfurt, 1971, p. 130, ss.

llevese la mácula de lo negativo e ignominioso. Los aspectos totalitarios y los francamente irracionales del orden premoderno merecen quedar en el más profundo olvido. Por otra parte, el designio de combinar los aspectos rescatables de dos órdenes diferentes y hasta divergentes no es nada raro en la historia de las ideas. La obra de Herbert Marcuse, por ejemplo, puede ser considerada como el intento de introducir un impulso romántico y una concepción sustantiva de la felicidad en la esfera de la Ilustración. La fascinación que irradiaron sus escritos sobre las generaciones juveniles tiene que ver con su propósito de incorporar las fuerzas libertarias y cognitivas de la imaginación y la fantasía dentro de los preceptos de la razón socio-histórica. De acuerdo con Marcuse la noción materialista de dicha y, sobre todo, el ímpetu romántico de la libertad han sido preservados en la esfera de la estética, y nuestra obligación es hacerlos fructíferos para la dimensión política, sin traicionar los principios de la razón, es decir, sin recaer en una apología de lo místico, lo mítico y lo irracional.⁶

En un ensayo poco conocido, Ralf Dahrendorf se preguntó por qué la modernidad conlleva la posibilidad de una terrible barbarie y por qué países como Gran Bretaña desplegaron durante el siglo XX una afinidad muy reducida hacia fenómenos como el fascismo, el nacionalismo y el comunismo. Según su teorema, esto se debería a una modernización incompleta: Gran Bretaña habría sido la primera sociedad en introducir el Estado de Derecho y una amplia

⁶ De acuerdo con Marcuse desde Aristóteles hasta Kant, la fantasía y el poder imaginativo habrían encarnado un potencial cognitivo de eminente significación: la independencia respecto de lo existente, la libertad en un mundo autoritario, la capacidad de trascender la dimensión de lo fáctico. Cfr. Marcuse, Herbert, "Philosophie und kritische Theorie" (Filosofía y teoría crítica) [1937], en: *Kultur und Gesellschaft* (Cultura y sociedad), vol. I, Suhrkamp, Frankfurt, 1965, p. 122.

vigencia de los derechos humanos, pero habría conservado instituciones contrapuestas a la usual legitimación moderna democrática, tales como la Cámara de los Lores, la High Church anglicana, el Servicio Civil, el sistema universitario y, sobre todo, la presencia de la antigua aristocracia en el campo cultural. Esta influencia habría sido decisiva a la hora de crear y consolidar valores de orientación razonable: las normativas aristocráticas constituirían un dique contra la posibilidad de regresión y barbarie que está contenida en la modernidad democrática.⁷

Dahrendorf ha observado que la nueva élite dominante hoy en día, de carácter y alcance mundiales, viaja mucho y cruza fronteras cada momento, pero solo conoce y se mueve en el ambiente uniforme y anónimo de aeropuertos, hoteles, bancos y, obviamente, en el ámbito de la tecnología más novedosa. Pero este estrato, según Dahrendorf, rechaza la dimensión nacional en todo, empezando por la política y terminando por la cultura; le son indiferentes las redes tradicionales de solidaridad, la creciente desigualdad social, las convenciones locales y los hábitos regionales, los anhelos particulares de cada país y las necesidades de cada región. Este nuevo estrato, dice Dahrendorf, termina siendo un peligro para la democracia.⁸

⁷ Dahrendorf, Ralf “Widersprüche der Modernität” (Contradicciones de la modernidad), en: Miller, Max/Soeffner, Hans-Georg (comps.), *Modernität und Barbarei. Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20. Jahrhunderts*, (Modernidad y barbarie. Diagnóstico sociológico hacia fines del siglo XX), Suhrkamp, Frankfurt, 1996, p. 197 sq. Para comprender esta temática es útil analizar las ideas y las políticas públicas preconizadas por el gran líder conservador británico Benjamin Disraeli, Earl of Beaconsfield [1804-1881]. Cfr. Berlin, Isaiah, “Benjamin Disraeli, Karl Marx and the Search for Identity”, en: Berlin, Isaiah, *Against the Current. Essays in the History of Ideas*, Hogarth, Londres, 1980, pp. 252-286.

⁸ Dahrendorf, Lord Ralf, *Die Krisen der Demokratie* (Las crisis de la democracia), Beck, Munich, 2003, p. 22, ss.

2 La visión crítica del pasado

La memoria cultural significa, según Jan Assmann —siguiendo a Maurice Halbwachs—, una dimensión exterior de la memoria humana: la formación de una tradición, la referencia al pasado, la identidad política, el imaginario colectivo. La memoria es reconstructiva, está socialmente acondicionada. El acto de recordar se lleva a cabo en la memoria individual, pero el marco de la misma es la participación en un proceso comunicativo, donde intervienen sujetos colectivos, como la familia, la comunidad religiosa y la nación.⁹ El pasado sería el resultado de una construcción y representación culturales. Pero esta reconstrucción no necesita ser arbitraria o irracional,¹⁰ creencia que subyace a este texto.

Frente a los peligros de la época contemporánea —signada por alienaciones de la más diversa especie, muchas de ellas descritas brillantemente por Karl Marx—, es adecuado dar un vistazo a fenómenos premodernos olvidados por la consciencia intelectual del presente. Lo aparente anticuado, como la monarquía y la aristocracia hereditarias, puede preservar valiosos elementos del mundo no racionalizado instrumentalmente y contribuir a dar un sentido de continuidad e identidad a la comunidad respectiva, precisamente porque contiene valores estéticos superiores, y porque simboliza la continuidad con el pasado histórico de toda la humanidad. Renegar de ese pasado (en el que los regímenes monárquicos han sido, por ejemplo, la aplastante mayoría)

⁹ Assmann, Jan, *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen* (La memoria cultural. La escritura, el recuerdo y la identidad cultural en las altas culturas tempranas), Beck, Munich, 2005, pp. 19, 24, 35, ss.

¹⁰ Assmann, Jan, *Moses der Ägypter. Entzifferung einer Gedächtnisspur* (Moisés el Egipcio. Desciframiento de una huella de la memoria), Fischer, Frankfurt, 2007, pp. 234-241.

apunta al designio patológico de no querer reconocerse en su propia génesis. Éste es el caso del antropocentrismo, que rebaja la dignidad ontológica de todo aquello que se halle allende la esfera humana. En un pasaje poco conocido, Marx hizo gala de este modo de pensar, aseverando que el interés de la nobleza por asuntos de ascendencia y origen tendría su lugar en el reino animal y sería, por consiguiente, algo muy inferior a lo genuinamente humano. Y con todo desprecio añadió: “El misterio de la nobleza es la zoología”.¹¹

Desde Tucídides conocemos los excesos y las necesidades a las que puede llegar un régimen democrático y un gobierno legalmente electo. Los peligros de la oclocracia, así como la estulticia de la democracia de masas y los riesgos inherentes a los modelos plutocráticos actuales —legitimados por elecciones de amplia participación popular— motivan reflexiones en torno de mecanismos para refrenarles. La monarquía y la aristocracia hereditarias pueden aportar elementos para una convivencia razonable, sin que esto sea interpretado de manera obligada como el retorno a un paradigma irracional y anacrónico. En este sentido el conocido argumento de Edmund Burke es digno de ser tomado en cuenta: la forma estatal de una nación no puede reducirse a ser la elección popular de un día, que puede ser influida por las bajas pasiones de las masas; la monarquía y las instituciones conformadas por el derecho hereditario han sido el resultado de la elección de las edades y los tiempos. Cuanto más tiempo dura una institución, más sólida puede resultar, y hasta es probable que haya funcionado adecuadamente a través de avatares cambiantes.¹²

¹¹ Marx, Karl, “Kritik der Hegelschen Staatsphilosophie” (Crítica de la filosofía del Estado de Hegel), en: *Die Frühschriften* (Escritos tempranos), compilación de Siegfried Landshut, Kröner, Stuttgart, 1964, p. 126.

¹² Burke, Edmund, *Reflections on the French Revolution and other Essays*, Londres 1910, *passim*. Sobre la concepción de Edmund Burke, cfr. Sabine, George H, *A*

A primera vista esto parece una apología habitual de hábitos precientíficos y predemocráticos y de las convenciones socio-políticas correspondientes al oscurantismo, pero la cosa no es tan simple. El racionalismo del siglo XVIII tuvo —como cualquier obra humana— sus limitaciones; durante el siglo XX hemos experimentado, por ejemplo, las consecuencias de una racionalidad instrumentalista que no conoce fronteras a sus designios, muchas veces luciferianos, y que en la *praxis* generalmente se reduce a concebir los medios más eficaces para fines que quedan fuera del análisis crítico. Burke examinó los peligros inherentes a una razón universalista, abstracta y sin fronteras morales, como la derivada de la Ilustración y la Enciclopedia, cuando ésta es aplicada desde el centro del poder sin consideraciones por las circunstancias específicas de tiempo y lugar. Los jacobinos en el ejercicio del poder —con mucha fruición y poca modestia— trataron de hacer tabula rasa de la sociedad que les tocó organizar, con resultados conocidos. El desembarazarse del “yugo de los prejuicios” puede dar (y ha dado) paso a un nuevo fanatismo, frío, mecánico e implacable, porque está fundamentado en la ciencia y el progreso. La liquidación de instituciones y normas premodernas, como el culto religioso, las jerarquías fundadas en privilegios y los derechos hereditarios, posee evidentemente su lógica histórica, pero lleva asimismo al predominio irrestricto de un nuevo dogmatismo individualista, abstracto y despersonalizado, cuyos rasgos negativos han sido criticados desde entonces por románticos y marxistas, comunitaristas y utopistas. Burke se percató de que el carácter impersonal y burocrático del

History of Political Thought [1937], Harrap, Londres, 1966, pp. 608-618; Chevallier, Jean-Jacques, *Denker Planer, Utopisten. Die grossen politischen Ideen* (Pensadores, planificadores, utopistas. Las grandes ideas políticas), Scheffler, Frankfurt, 1966, pp. 195-212.

nuevo régimen surgido de la Revolución Francesa empezaba por la abolición de la monarquía y la supresión de la nobleza y terminaba en la guillotina.

Una visión crítica del pasado debe considerar el siguiente dilema reiterativo, que tiene que ver con la calidad de los grupos gobernantes. Como se sabe, problemas de calidad tienden a ser dejados de lado por las ciencias sociales de la actualidad, que sufren un marcado proceso de formalización y matematización. En todo el Tercer Mundo —y, en realidad, hasta en las naciones más desarrolladas— la democracia representativa, unida a la economía de libre mercado, está conducida por élites y partidos políticos, cuya competencia técnica, cualidades morales y hasta *common sense* han resultado ser bienes notablemente escasos. No parece que esta situación vaya a cambiar en el futuro inmediato. Pese al descontento difuso y anómico, todavía no parece que esta constelación sea percibida como realmente grave por la mayoría de la población, que se empeña en elegir libremente a gobernantes y grupos políticos de dudosa calidad. La carencia de competencia técnica, cualidades éticas y hasta sentido común entre los estratos dirigentes tiene su correlato en la ingenuidad, maleabilidad y falta de realismo de las capas sociales medias e inferiores de casi todas las sociedades. Este parece representar uno de los dilemas mayores del siglo XXI. En un famoso pasaje de su crítica de la utopía platónica, Karl R. Popper censuró con argumentos de mucho peso la famosa concepción del rey filósofo, es decir, la doctrina que prescribe el gobierno de aquellos que poseen sabiduría y moralidad, quienes entonces deben ejercer el poder sin limitaciones legales o procedimentales. La cuestión clásica contenida en la *Politeia* de Platón: “¿Quién debe gobernar?” debería ser sustituida, según Popper, por la pregunta más compleja y más realista: “Cómo podemos organizar nuestras instituciones políticas de modo que a los gobernantes

malos o incompetentes les sea imposible ocasionar daños demasiado grandes?¹³ Al conocer las debilidades de la humanidad en general y de los políticos en particular, Popper propuso modificar y fortalecer la esfera institucional para que la nave del Estado funcione de manera aceptable, aun cuando la clase política no alterase sus (malas) prácticas consuetudinarias. Pero la base de su argumentación va más allá. Platón, los marxistas, los fascistas y los totalitarios de toda laya han presupuesto que el poder político, por su mera esencia, es un fenómeno que no debería estar sometido a ningún control y a ninguna frontera; la soberanía del poder debería ser irrestricta. El rey filósofo o el partido omnisciente en funciones gubernamentales sabrían lo que es conveniente para la sociedad respectiva; limitaciones de sus prerrogativas representarían ataduras y obstáculos para una política correcta *per definitionem*. Ante el peligro totalitario, Popper apoyó con entera razón una estrategia institucionalista.

Pero después de innumerables intentos por establecer una democracia representativa y pluralista en las naciones del Tercer Mundo (sobre todo a partir de aproximadamente 1980), aunada a una economía de libre mercado, se conoce que el problema es todavía más complejo. Salvo pocas y loables excepciones, el modelo democrático-capitalista en las periferias mundiales, que tiene los rasgos institucionalistas recomendados por Popper, viene acompañado por una ola de corrupción, mediocridad y descrédito que hace temer por su estabilidad de largo plazo. Estos factores negativos tienen que ver en la mayoría de los casos con la calidad intelectual y ética de los grupos dirigentes, y no solo con carencias institucionales y procedimentales que podrían ser enmenda-

¹³ Popper, Karl R., *Die offene Gesellschaft und ihre Feinde* (La sociedad abierta y sus enemigos), vol. I: Der Zauber Platons (El encanto de Platón) [1944], Francke, Munich, 1957, p. 170.

das mediante una adecuada ingeniería política. Es por ello indispensable analizar el carácter y las actuaciones de esas élites, y compararlas con el desempeño histórico de las aristocracias hereditarias.

3 Crítica del igualitarismo

Las falacias del igualitarismo democrático fueron desveladas por Alexis de Tocqueville. Libertad e igualdad no son necesariamente congruentes, y la corriente en favor de la última ha acarreado serias amenazas a la primera, sobre todo mediante las versiones del mesianismo radical tan en boga durante el siglo XX. El igualitarismo exacerbado genera “ciudadanos” cortados todos por la misma medida e imbuidos de los mismos principios, quienes, precisamente por ello, resultan a la postre más manejables por el poder central.¹⁴ El igualitarismo puede, bajo ciertas condiciones históricas, fomentar el peligro de un nuevo totalitarismo: más suave en su aplicación, más tecnificado en sus procedimientos, pero más extendido y más penetrante: similar a la “jaula de hierro de la servidumbre” que previó Max Weber para la sociedad racional-burocrática del futuro. Tocqueville no fue el único que hizo una curiosa observación: la misma gente que destruye tronos y monarquías se deja manejar temblorosa por un mero escribiente de la burocracia moderna. Por otra parte, el ascetismo exagerado y la exigencia de una igualdad liminar son ideologías justificatorias que tratan

¹⁴ Sobre Tocqueville cfr. Hornung, Klaus, “Alexis de Tocqueville (1805-1859)”, en: *Konservative Köpfe* (Cabezas conservadoras), Criticon, Munich, 1978, pp. 63-74; Gauchet, Michel, “Tocqueville, Amerika und wir. Über die Entstehung der demokratischen Gesellschaften” (Tocqueville, América y nosotros. Sobre el origen de las sociedades democráticas), en: Ulrich Rödel (comp.), *Autonome Gesellschaft und libertäre Demokratie* (Sociedad autónoma y democracia libertaria), Suhrkamp, Frankfurt, 1990, pp. 123-206.

de disimular y compensar un profundo y fuerte sentimiento de envidia. La mayoría de los afectos anti-aristocráticos se nutren de esa experiencia de envidia, que es una de las características más profundas y duraderas de la psique humana. Puede afirmarse que la envidia es algo más vigoroso y resistente que el anhelo de libertad, y resulta, bajo el ropaje de la igualdad, mucho más peligrosa para una sociedad razonable que jerarquías basadas en principios hereditarios. La experiencia histórica del siglo XX nos muestra que los partidarios del igualitarismo radical desarrollan, en el fondo, un apetito vigoroso por el poder político, los honores circunstanciales y, paradójicamente, por bienes materiales. Estos designios culminan en el régimen menos igualitario que uno puede imaginarse, en la plutocracia. Su peligrosidad se deriva de su carácter engañoso y larvado: el millonario que ve los mismos programas de televisión que sus empleados o el primer secretario del partido comunista que se viste como el obrero modesto disimulan la inmensa concentración de poder que tienen en manos y encumbren la colosal distancia que existe entre élite y masa. Esto se percibió durante la llamada Gran Revolución Cultural Proletaria en la China (1966-1976), que tenía poco de proletaria y nada de cultural. Entonces se abolicieron temporalmente las insignias y los distintivos de los rangos militares del Ejército Rojo: el mariscal y el soldado llevaban la misma indumentaria. Pero el uno podía disponer sobre la utilización de todo tipo de hombres y recursos (incluyendo el armamento más sofisticado), mientras que al otro le quedaba solo el privilegio de obedecer.

Para Tocqueville lo deseable debería ser la combinación de libertad con democracia, pero tal posibilidad no ha sido la regla histórica. Como no todos pueden exhibir un talento natural y lograr un buen desempeño individual, la “solución” de la democracia igualitaria radical es rebajar la calidad

y las normas para todos. La igualdad que se logra consiste a menudo en un descenso general de los niveles alcanzados en numerosas esferas, por ejemplo, en la formación intelectual, la calidad de la enseñanza universitaria, la ética en cuestiones políticas, la estética y el ornato públicos. Ante los avances de la centralización democrática radicalizada, Tocqueville sostuvo que los individuos están inermes frente a los nuevos y grandes peligros de la burocracia estatal que trata a todos de manera igualitaria. Para evitar los efectos de este nuevo despotismo propugnó algunos remedios: fortalecimiento de las libertades municipales y provinciales, la supervivencia de las asociaciones de notables, el cultivo de la virtud civil y el ejercicio de la religión. Como lo advirtió Tocqueville, los regímenes autoritarios, independientemente de su contenido ideológico y socio-económico, prefieren una sociedad uniforme. “A Richelieu le hubiera gustado la idea de conformar una sola clase de ciudadanos: una misma superficie facilita el ejercicio del poder”.¹⁵ La centralización, cuya obra fue comenzada por la monarquía absolutista y concluida por la Revolución Francesa, implicó no solo la abolición de los poderes autónomos y regionales, sino ha conllevado también el control de los recursos y de las consciencias de parte de una burocracia que se revela como difícil de ser controlada desde abajo.

El despotismo florece mejor —afirmó Tocqueville— donde la aristocracia hereditaria ha sido despojada de todas sus prerrogativas, donde las diferencias sociales han sido aplanadas radicalmente, donde los ciudadanos están expuestos sin mediaciones institucionales al poder omnímodo de la administración centralizada y donde los habitantes están consagrados exclusivamente al principio de rendimiento y

¹⁵ Tocqueville, Alexis de, *Der alte Staat und die Revolution* (El antiguo régimen y la revolución) [1856], Rowohlt, Reinbek, 1969, p. 20.

desempeño individuales.¹⁶ Donde impera la privatización de lo social y donde el dinero se transforma en el único criterio de éxito y distinción (es decir: en la evidencia de una vida bien lograda), allí emerge el totalitarismo moderno y la homogeneización de la existencia colectiva. Para corregir los prejuicios “progresistas” acerca del rol histórico de la aristocracia, Tocqueville acopió un interesante material empírico-documental en torno de la excelente administración de la que gozó el Languedoc durante un larguísimo tiempo, administración que estuvo en manos de la nobleza regional, y acerca del papel decisivo que jugó el estamento nobiliario durante la primera etapa de la Revolución Francesa para la formulación y la aprobación de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.¹⁷

4 Las paradojas monárquicas y aristocráticas

La estética pública de los regímenes monárquicos, desde sus normativas arquitectónicas hasta sus ritos de coronación, ha sido claramente superior al gusto pequeño-burgués de las repúblicas contemporáneas y a las modas triviales de las plutocracias; sus ceremonias, que incluyen elementos religiosos y casi mágicos, nos unen y, a veces, nos reconcilian con nuestra propia evolución histórica. La monarquía evoca un rasgo indeleble de la condición humana, que es la contingencia. El hecho de que la dignidad más alta del Estado pertenezca a alguien por la mera casualidad de su nacimiento nos recuerda que no todo lo prerracional es irracional; las elecciones democráticas para el Jefe de Estado no han dotado al cargo supremo de personajes más talentosos, inteligentes, preparados, virtuosos, innovadores o simplemente más

¹⁶ *Ibid.*, p. 12, 100.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 182-190, 222-230.

aptos que el sistema de la sucesión hereditaria. Y con ello se desvanece uno de los argumentos más vigorosos de la racionalidad democrática en contra de cargos hereditarios.

La monarquía tiene una ventaja práctico-pragmática invaluable en esta era de la corrupción masiva, la tecnoburocracia y la manipulación de la sociedad por los medios de comunicación: el símbolo supremo del Estado y la colectividad permanece fuera de la codicia y los afanes de la casta política. Por más que los aparatos partidarios se esfuercen en la desorientación del público y por más campañas millonarias que distraigan la opinión pública, en los regímenes monárquicos la plutocracia y la élite del poder no pueden acceder al cargo más elevado de la nación.

En las monarquías prerrevolucionarias el rey era la representación de la estructura familiar, con todos sus factores positivos y negativos; entre él y los súbditos existió un vínculo personal, problemático es verdad, como toda relación entre padres e hijos, pero también llena de familiaridad y hasta de cierta confianza,¹⁸ tan diferente de los fríos vínculos que existen hoy entre los ciudadanos y su Jefe de Estado, quien rara vez sale de un anonimato burocrático. Precisamente hoy la legitimidad del poder supremo debería estar ligada a un aura que pueda sobrepasar el tedioso formulismo de la tecnoburocracia y la atmósfera de indiferencia y desafecto que caracteriza toda la esfera política.

¹⁸ Cfr. Elias, Norbert, *Die höfische Gesellschaft. Untersuchungen zur Soziologie des Königtums und der höfischen Aristokratie* (La sociedad cortesana. Investigaciones sobre la monarquía y la aristocracia cortesana), Luchterhand, Neuwied/Berlin: 1969, p. 68, ss. Cfr. una opinión divergente: Vargas Llosa, Mario, "Diana o la caja de los truenos", en: *La razón* (La Paz) del 7 de septiembre de 1997, p. A 7: Hoy en día habría que mantener a los monarcas como se preserva a las momias en los museos: en la penumbra y la distancia.

Es probable que la tiranía sea la forma histórica más remota y primera entre los modelos primigenios de ordenamiento social. Desde una perspectiva histórica de muy largo aliento la monarquía constitucional hereditaria se halla a mucha distancia de la tiranía atávica; está situada más bien entre los sistemas gubernamentales más razonables y aconsejables. Hay varios motivos de distinta índole en favor de esta afirmación. El monarca es el signo de la unidad de una sociedad; como representa el todo, está —o debería estar— por encima de los intereses particulares. Y paradójicamente se halla por encima de intereses particulares por obra de la casualidad, por el carácter fortuito de su nacimiento. El azar de su encumbrado nacimiento puede ser una especie de garantía de no tener que pertenecer necesariamente a fracciones contendientes de la lucha política usual. Pero una precondition para esto es por supuesto la existencia de una monarquía constitucional que no se entrometa en el campo de la consciencia, la religión, la ideología política y la programática gubernamental.

Los modelos sociales que han sobrevivido más tiempo son aquellos que han sabido combinar testimonios de su pasado histórico y de la esfera simbólica con un funcionamiento adecuado de sus aparatos administrativos, consagrados exclusivamente al casi olvidado bien común. Hoy en día algunas monarquías disponen de esa legitimidad derivada de la esfera simbólica y de una larga historia propia, aunada a un mínimo de ceremonial que recuerda la anterior vigencia de la religión en asuntos mundanos. Por lo demás, la casi totalidad de las monarquías que han sobrevivido hasta hoy son regímenes donde el rey no tiene otros poderes que los atribuidos de manera formal-general por la constitución y los específico-particulares otorgados por las leyes, también de acuerdo con preceptos constitucionales. Y es bueno que así sea. La crítica, a la que John Locke sometió la monarquía

absoluta y el derecho divino de los reyes, conserva toda su vigencia y frescura.¹⁹ Si la monarquía es posible hoy en día, entonces solo bajo la forma de parlamentaria-constitucional; aquí se documenta la larga lucha de las sociedades europeas por la democracia pluralista y por el Estado de Derecho.²⁰

Es precisamente en el Tercer Mundo donde se puede constatar *ex negativo* la positividad de algunos regímenes monárquicos —que mantenían a raya trabajosamente los ímpetus de la cultura política del autoritarismo y de la corrupción masiva—, comparándolos con la calidad de vida y de la administración pública que vino después de la eliminación de la corona respectiva. Basta recordar algunos ejemplos recientes. Allí donde la monarquía fue abolida por fuerzas “progresistas” y con presunto apoyo popular, como en Aden (1967), Afganistán (1973), Burundi (1966), Etiopía (1974), Libia (1969), Irak (1958), Irán (1979), Laos (1975), Ruanda (1961), Uganda (1966), Vietnam (1955) y Yemen (1962), se establecieron regímenes casi totalitarios que han

¹⁹ Locke, John, *Zwei Abhandlungen über die Regierung* [1690] (Dos tratados sobre el gobierno), EVA, Frankfurt, 1967, pp. 57-195, 234-282; sobre esta temática cfr. el excelente compendio de Chevallier, Jean-Jacques, *op. cit.* (nota 12), pp. 93-106. Hegel afirmó que a los monarcas constitucionales les queda el derecho de decir que sí y poner los puntos sobre las íes. Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Grundlinien der Philosophie des Rechts oder Naturrecht und Staatswissenschaft im Grundrisse* (Lineamientos de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del gobierno) [1821], compilación de Karl Löwith y Manfred Riedel, Fischer, Frankfurt, 1968, p. 276.

²⁰ Contreras Casado, Manuel, “Responsabilidad regia, memoria histórica y transiciones a la democracia en España”, en: *Revista de Estudios Políticos*, N° 121, Madrid, julio-septiembre de 2003, pp. 159-177. Desde el punto de vista del derecho constitucional, cfr. Cotarelo, Ramón, “La jefatura del Estado en el sistema político español”, en: Debate abierto. *Revista de Ciencias Sociales*, N° 2, Madrid, primavera-verano de 1990, pp. 23-39; Fernández-Fontecha Torres, Manuel / Pérez de Armiñán y de la Serna, Alfredo, *La monarquía y la constitución*, Civitas, Madrid, 1987; Verdú, Pablo Lucas (comp.), *La corona y la monarquía parlamentaria en la Constitución de 1978*, Universidad Complutense, Madrid, 1986.

acarreado un claro desmedro de los derechos humanos, un inocultable retroceso en la cultura cívica y una degradación de la esfera educacional y cultural. En muchos de estos países se suscitaron, además, guerras civiles de extraordinaria duración y severidad. Pese a defectos notorios y a evidentes errores en las políticas de desarrollo, varias monarquías del Tercer Mundo han sabido mantener una porción de la antigua identidad nacional, un mínimo de orden público y un desenvolvimiento económico nada desdeñable, como lo testimonian los casos de Bhután, Brunei, Jordania, Lesotho, Malaysia, Marruecos, Tailandia y Tonga. Ni siquiera en el ámbito islámico más tradicionalista, como Marruecos, puede afirmarse que la monarquía haya jugado permanente y exclusivamente un rol reaccionario. La corona no solo ha propiciado una cautelosa modernización, preservando aspectos notables de la antigua y original identidad nacional, sino que ha ejercido una ejemplar función moderadora en un terreno bastante insólito en un país musulmán: los reyes de Marruecos —y no su clase política, sus partidos izquierdistas o sus estratos medios educados— se han destacado brindando una efectiva protección a la comunidad judía y evitando odiosas discriminaciones de lo extranjero en general.²¹

5 Aristocracia tradicional y élite “progresista” del poder

La discusión acerca de la aristocracia hereditaria no es tan extravagante y abstrusa como parece a primera vista. Todas las sociedades han conocido jerarquías sociales, grupos alta-

²¹ Como lo reconoce una publicación progresista: Stauffer, Beat, “Unter dem Schutz des Königs. Juden haben in Marokko in guter Nachbarschaft mit muslimischen Bürgern gelebt” (Bajo la protección del rey. En Marruecos los judíos han vivido largo tiempo en buena vecindad con ciudadanos musulmanes), en: *Der Überblick*, vol. 35, N° 4, Hamburgo, diciembre de 1999, pp. 64-66.

mente privilegiados y desigualdades en los ingresos, la educación y el acceso al poder. Estas diferencias y prerrogativas se han dado de modo particularmente agudo en aquellos experimentos sociales que han propugnado la abolición de los privilegios como uno de los elementos centrales de su identidad y programa. Desde los anabaptistas de Münster en 1534 hasta los regímenes del siglo XX inspirados en el marxismo (incluyendo Cuba y Corea del Norte) y las dictaduras de origen populista en el ámbito islámico, todos ellos han producido élites alejadas del pueblo llano, estratos sociales claramente diferenciados, jerarquías difíciles de escalar y fortunas inmensas... y precarias. En numerosos países del mundo árabe se repite un esquema social milenario. Un movimiento difuso, con ideología radical y reivindicacionista, logra tumbar una dinastía desacreditada o un gobierno despótico, e instaura un régimen que parece contar con un amplio apoyo popular y que promete una administración limpia, a veces progresista y siempre “cercana al pueblo”. Con el paso de los años la dirección del movimiento de masas se transforma en la nueva élite política, consagrada con el ahínco de siempre a monopolizar el poder y a acumular una fortuna similar a la de la anterior clase privilegiada. Una y otra vez se puede constatar una élite social y política muy distante de las bases sociales que la encumbraron en el gobierno y que reproduce los comportamientos y hasta las manías de las antiguas oligarquías. Estos son lamentablemente aspectos “olvidados” sintomáticamente por los intelectuales y comentaristas progresistas de Occidente, pero, por suerte, no representan una esencia inmutable de la mentalidad árabe-islámica. Al no existir esa esencia metafísica, incólume al paso del tiempo y la historia, podemos esperar que algún día surjan regímenes democráticos y pluralistas en aquel ámbito cultural, como parece ser la tendencia de la actual revuelta árabe de 2010-2011.

Marx y los grandes pensadores marxistas creyeron erróneamente que la abolición de la “burguesía” significaría el advenimiento de una sociedad definitivamente sin clases ni jerarquías sociales; supusieron además que la detestada burguesía encarnaba todos los males, y que su supresión conlleva- ría la desaparición de los aspectos negativos de la vida social.

La realidad del siglo XX nos dejó otra lección: es difícil- mente imaginable un estrato social más privilegiado, más cerrado y más celoso de sus prerrogativas que la clase go- bernante que martirizó y expolió los atribulados estados socialistas hasta 1989-1991 (y que se mantiene en Cuba, Corea del Norte y otros estados). En un trabajo clásico ba- sado en materiales empíricos que apareció en 1911, Robert Michels demostró que justamente los partidos de izquierda (la entonces socialdemocracia y agrupaciones afines), que pretendían representar a las clases explotadas e introducir una democracia “real” y no meramente “formal”, termina- ban generando en su interior oligarquías altamente privile- giadas y legitimadas por el apoyo de las instancias inferiores de aquellos partidos. Toda organización político-partidaria, aun la más libertaria, denotaría una tendencia a la forma- ción de dirigencias elitarias.²² La magnitud física y la rutina de las grandes instituciones, el aumento continuo de tareas y funciones, la incompetencia de las masas, la tradición de obedecer a los de arriba, la necesidad psíquica de una con- ducción por personas con autoridad natural (carisma), la es- pecialización de roles y las destrezas organizativas y hasta intelectuales de los caudillos en los niveles medio y superior

²² Michels, Robert, *Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie. Untersu- chungen über die oligarchischen Tendenzen des Gruppenlebens (Sociología de los partidos en la democracia moderna. Sobre Las tendencias oligárquicas de la vida grupal)* [1911], Kröner, Stuttgart, 1970, p. 25: "Quien dice organización, dice tendencia a la oligarquía".

constituyen algunos de los factores que contribuyen al surgimiento de las oligarquías partidarias. “La organización es la madre del dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los que delegan”.²³ En el mundo moderno la superioridad técnica de la administración burocrática sobre cualquier otra hace ilusorio, según Max Weber, todo modelo genuino de igualitarismo y socialismo,²⁴ lo que nos hace percibir también de manera más sobria y crítica los límites de todo régimen democrático.

Ningún partido obrero, socialista, comunista, trotskista o hasta anarquista ha quedado exento de esta evolución. Un ejemplo claro de ello, aunque poco conocido, representa la Revolución Cubana: su élite gobernante es asombrosamente estable y privilegiada, porque desde 1959 el pueblo está totalmente impedido de ejercer cualquier crítica seria. Muy tempranamente afirmó Fidel Castro que tres condiciones son “indispensables para la integración de un verdadero movimiento cívico: ideología, disciplina y jefatura. Las tres son esenciales, pero la jefatura es básica”.²⁵ La teoría y la *praxis* que privilegian a las élites se correlacionan con un menosprecio abierto de los ciudadanos comunes y corrientes, meros súbditos de la dictadura del “proletariado”. Como advirtió Carlos Franqui, la normativa cubana para la vida cotidiana es extraordinariamente convencional: “dulce vita arriba, austeridad abajo”.²⁶ El ejercicio del poder supremo e ilimitado depara a la dirigencia cubana un placer vigoroso e

²³ *Ibid.*, p. 370 sq.

²⁴ Weber, Max, *Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriss der verstehenden Soziologie* (Economía y sociedad. Compendio de la sociología comprensiva) [1921], Kiepenheuer & Witsch, Colonia / Berlin, 1964, p. 164, 218, 723 sqq.

²⁵ Castro, Fidel, “Carta a Luis Conte Agüero (14 de agosto de 1954)”, en: *Carlos Franqui, Retrato de familia con Fidel*, Seix Barral, Barcelona, 1981, p. 518.

²⁶ *Ibid.*, p. 272.

invariable, que posee hasta connotaciones eróticas, aunque se trate de un poder exento del lujo, los oropeles y los símbolos honoríficos que lo engalanaron a lo largo de milenios. La fascinación de esta élite por el armamento moderno y sofisticado y por todo lo relativo a lo militar es innegable. Al igual que los nuevos ricos de cualquier latitud, la élite revolucionaria cubana siente una enorme admiración por las modas y los cachivaches técnicos de las naciones metropolitanas. Estos fenómenos nunca terminaron de asombrar a los actores, testigos y cronistas críticos de los movimientos socialistas radicales de muy distintas naciones y culturas.²⁷ En el marco de la Revolución Cubana la democracia practicada cotidianamente, la auto-organización de las masas, el espíritu crítico en el ámbito de la cultura y la espontaneidad en la existencia privada se han transformado en fenómenos superfluos y hasta peligrosos. Como en muchos otros casos, esta atmósfera autoritaria no fue jamás un óbice para que extensos grupos sociales cultiven un fervor ingenuo y fanático en favor de los caudillos que encarnan la gesta revolucionaria, entusiasmo que se revela como deplorable por ser fácilmente manipulable, aunque sus adherentes —muchos de ellos situados en cómodas cátedras a gran distancia del fenómeno “estudiado”— estén imbuidos de las intenciones más desinteresadas.

Las políticas públicas seguidas por el Partido Comunista Chino desde la conclusión y superación de la mencionada Revolución Cultural (a partir de 1976) son muy instructivas, porque nos permiten conocer, con algún detalle, lo que está detrás de la teoría altisonante, en realidad detrás de casi toda programática política. La consolidación del poder político

²⁷ *Ibid.*, p. 195. Sobre esta temática cfr. también las conocidas memorias de André Gide, Arthur Koestler, Victor Serge, Ignazio Silone, Ervin Sinkó y Manès Sperber.

debe ser considerada como la primera prioridad; todos los cambios de la agenda económica y financiera y del comercio exterior pueden ser percibidos como instrumentos de la preservación exitosa del poder político bajo circunstancias muy cambiantes. La liberalización del comercio exterior y la instauración de la propiedad privada en los medios de producción —en una intensidad y escala que ha sido simplemente única en toda la historia de la China— se combinan con la exitosa preservación del poder político en el seno del partido comunista. Siguiendo, en el fondo, una antigua y venerable tradición del Celeste Imperio, con claros signos confucianos, el Partido Comunista Chino ha elevado la armonía social y el crecimiento económico a la categoría de metas normativas supremas. En este sentido se puede aseverar que el partido ha renunciado a un rol innovador y creador de paradigmas históricos; actuaría de manera “reactiva”²⁸ ante la evolución política y social del país y del mundo, pero, sin duda alguna, con una notable eficacia. El partido no es un instrumento de participación popular amplia e intensa, sino una instancia elitaria de conciliación de intereses, que busca la revigorización del aparato estatal, dirige las relaciones exteriores y fija las tendencias básicas para el futuro. Este juicio no desmerece el hecho de que en el partido se hallan relativamente bien representadas algunas tendencias provinciales, varias distintas clases sociales y ciertos sectores claramente diferenciados, como el estamento militar, el ámbito universitario y académico y, por supuesto, la empresa privada. Pese a su nombre, el Partido Comunista Chino no es el órgano del clásico proletariado de fábrica ni tampoco de las

²⁸Harting, Falk, “Die Kommunistische Partei Chinas: Volkspartei für Wachstum und Harmonie?” (El Partido Comunista de China: partido popular para el crecimiento y la armonía?), en: *Internationale Politik und Gesellschaft*, N° 2, Bonn, vol. 2008, pp. 70-89.

masas campesinas desposeídas; es “popular” en el sentido de englobar a muchos grupos sociales (con la sintomática excepción de los disidentes políticos de toda laya), pero preserva su carácter elitario en su severa jerarquía piramidal y en su funcionamiento cotidiano.²⁹

Una de las primeras críticas al socialismo realmente existente, y una de las más sólidas y clarividentes, fue la realizada por un adversario del marxismo, Max Weber. El socialismo sería, según Weber, la culminación (y no la superación) de un desarrollo histórico tendiente a una burocracia vigorosa y global, evolución que conllevaría la desaparición de la libertad, la autodeterminación y el pluralismo cívico.³⁰ Hasta los movimientos mesiánico-revolucionarios más radicales y sustentados por una ética de la fraternidad anti-oligárquica no pueden renunciar al aparato burocrático y policial, el cual, más temprano que tarde, exige, consigue y consolida sus privilegios: el disfrute del poder absoluto, la repartición de prebendas, la legitimación absolutoria de su actuación y la formación de estructuras jerárquicas.³¹

La terrible crónica del siglo XX mostró que los miembros de las élites izquierdistas sostenían en una mano El Capital (o las obras de Ernesto Che Guevara) y con la otra blandían el látigo de la represión y los decretos de industrialización forzada. Ellos han constituido no solo un estrato

²⁹ Hay que notar que una tendencia académica percibe en el partido "una democratización desde arriba", que podría extenderse al resto de la sociedad. Cfr. Hartig, *ibid.*, p. 75.

³⁰ Weber, Max, *Der Sozialismus* (El socialismo) [1920], edición anotada de Herfried Münkler, Beltz Athenäum, Weinheim, 1995, *passim*. Sobre esta temática cfr. el brillante texto de Gernot Volger, “Max Weber und der Sozialismus” (Max Weber y el socialismo), en: *Liberal*, vol. 38, N° 1, Bonn, febrero de 1996, pp. 111-114.

³¹ Weber, Max, *Politik als Beruf* (Política como profesión) [1919], Dunker & Humblot, Berlin, 1958, p. 62, ss.

altamente privilegiado sino una especie de orden militar y religiosa que poseía (y posee) el monopolio de la sabiduría y la verdad. Mezcla de iglesia y ejército llamó Octavio Paz a los partidos comunistas, que endiosaron al marxismo que ellos habían manipulado previamente; puesto que administraban el saber indubitable estaban por encima de toda crítica e impugnación.³² En comparación con estas élites las aristocracias hereditarias de Europa Occidental han sido de una moderación ejemplar.

En el otro lado del abanico ideológico las cosas no son mejores. Tendencias intelectuales en el ámbito de la economía de libre mercado y la propiedad privada son altamente favorables a una evolución signada por la corrupción y la mediocridad. El elogio del cinismo, la celebración del “todo vale”, la postulada separación entre política y moral, la equiparación del talento con la necedad y otras lindezas asociadas con las modas intelectuales del día han preparado el actual clima de laxitud ética, irresponsabilidad colectiva y resentimientos anti-aristocráticos: así como la modernidad burguesa estuvo vinculada al liberalismo, la “cultura” posmodernista parece corresponder a la actual democracia de masas.³³ Las élites actuales del poder parecen florecer en medio de este ambiente de “cultura popular”. Los políticos profesionales son personas con un nivel cultural bastante limitado y con un horizonte de anhelos muy restringido: *po*

³² Paz, Octavio, *Tiempo nublado*, Seix Barral, Barcelona, 1983, p. 178. Las utopías más radicales y las teorías respectivas han presupuesto jerarquías sociales duras y rígidas y élites que poseían el monopolio del poder y de las coerciones de todo tipo. Cfr. Molnar, Thomas, *El utopismo. La herejía perenne*, EUDEBA, Buenos Aires, 1970, p. 142 sqq., 207 sqq.

³³ Kondylis, Panajotis, *Der Niedergang der bürgerlichen Denk- und Lebensform. Die liberale Moderne und die massendemokratische Postmoderne* (La decadencia de las formas burguesas de pensamiento y vida. La modernidad liberal y el postmodernismo de la democracia de masas), VCH, Weinheim, 1991, p. 287.

testas, pecunia y praestigium.³⁴ Precisamente en el marco de la democracia de masas los políticos intentan asimilarse a los presentadores de televisión y a los expertos en relaciones públicas, excluyendo todo indicio de intelectualidad, espíritu crítico y responsabilidad social. Sus escasos conocimientos son poco fundados, circunstanciales, fácilmente reemplazables; su máxima habilidad consiste en vender en el momento adecuado —y a buen precio— esas modestas destrezas a un público ingenuo que tampoco exige gran cosa de ellos.

El meollo del problema es profundo y rebasa los límites del Tercer Mundo. Tiene que ver precisamente con un proceso mundial de democratización acelerada, con una fiebre consumista que no reconoce limitaciones y con una declinación de las antiguas aristocracias y, sobre todo, con una decadencia de los valores encarnados por ellas, entre los que se encontraban la austeridad, el fomento de la alta cultura, la mesura en el ejercicio del poder y la planificación de largo aliento. La clase política contemporánea, hija de grupos ambiciosos ascendientes de los estratos medios, a quienes escrúpulos éticos y estéticos les son indiferentes, no poseen las cualidades que hicieron grandes las naciones de Europa Occidental y que estaban vinculados a los mencionados valores normativos de sus clases altas tradicionales. Las élites contemporáneas son tediosas y hasta estériles porque les falta la independencia que tenían los aristócratas, los grandes burgueses fundadores de empresas y los inventores convertidos en empresarios.

³⁴ Poder, dinero y prestigio conforman desde la Antigüedad clásica los valores normativos de los políticos que exhiben propensiones anti-aristocráticas y dicen representar los intereses de grupos emergentes de los estratos medios e inferiores. *Prestigio* abarca también el significado de fascinación mágica, ilusión y hasta engaño —además del de autoridad o reputación—, atributo muy importante para los políticos de todas las épocas y latitudes.

Las élites actuales, como observó Erich Fromm, se comportan como las clases medias e inferiores: ven los mismos programas de televisión, leen —si es que leen— los mismos periódicos, tienen apego por las mismas normativas, por los mismos gustos estéticos: la diferencia es cosa de cantidad y no de calidad.³⁵ Por ejemplo: la élite política alemana actual, aseveró Hans Magnus Enzensberger, está exenta de aspectos como placer, opulencia, generosidad, fantasía, sensualidad, magnificencia, pompas y galas. Su máximo lujo es el lujo plástico de las tarjetas de crédito. Es un poder frío, burocrático y aburrido. Los empresarios más poderosos no poseen conciencia de clase, no tienen un estilo propio y diferenciable de otros estratos sociales, no imponen criterios relevantes para la conformación de la esfera pública. Un buen cocinero vale tanto como un ministro, y un entrenador de fútbol es más importante que un príncipe. En lugar del genio hoy es celebrada la estrella de televisión; la cultura se ha transformado en un aderezo ligero para amenizar los programas de los medios masivos de comunicación.³⁶ Para Enzensberger los políticos profesionales en las democracias contemporáneas se caracterizan por una energía indomable de índole perversa y por la incapacidad de aprender algo nuevo con respecto a sus prácticas consuetudinarias; su cinismo es tan grande y tan profundo que rara vez llegan a preguntarse si tal vez han actuado equivocadamente o si han violentado principios elementales de ética.³⁷ El trajín incesante en torno de lo cotidiano, la diligencia y prontitud

³⁵ Fromm, Erich, *Die Revolution der Hoffnung. Für eine humanisierte Technik* (La revolución de la esperanza. Para una técnica humanizada) [1968], Rowohlt, Reinbek, 1974, p. 33.

³⁶ Magnus Enzensberger, Hans, *Mittelmass und Wahn. Gesammelte Zerstreungen* (Mediocridad y delirio. Distracciones reunidas), Suhrkamp, Frankfurt, 1991, p. 128 sq., 263, 271.

³⁷ *Ibid.*, p. 127, 135.

en hacer prosperar los intereses propios, el entusiasmo por lo trivial y el esmero por detalles insignificantes se complementan con el descuido de aspectos éticos y estéticos y con la indiferencia ante el destino de la sociedad. Las élites funcionales se destacan hoy solamente porque disponen de más dinero. No tienen ningún prestigio fuera del campo económico; los títulos y los rangos han perdido todo valor. El sitio de la fama, del honor y la distinción lo ocupa hoy una efímera presencia en los medios masivos de comunicación, sobre todo en la televisión. Ser prominente no significa en la actualidad ser admirado, respetado o venerado, sino poseer la destreza de divertir fugazmente al público.

6 El papel histórico positivo de la nobleza

A la vista de este panorama desolador y en contra de prejuicios muy extendidos, sobre todo en el estrato intelectual, hay que recordar el rol histórico progresista que le cupo jugar a la aristocracia hereditaria europea. En la era de su máximo esplendor, la mal llamada época feudal, aparecieron los cimientos para la moderna democracia representativa. Según Barrington Moore en la denigrada Edad Media de Europa Occidental se dio el fenómeno, casi único a escala mundial, de la existencia continuada e institucionalmente afianzada de estamentos más o menos autónomos con respecto al poder real. Relevante fue también la concepción de la inmunidad de determinadas personas frente a un poder despótico o, por lo menos, arbitrario, quienes conformaron órganos casi independientes y duraderos de representación de sus intereses corporativos. La nobleza fue el más importante de estos estratos, precisamente a causa de su carácter hereditario, su riqueza y sus privilegios sólidamente reconocidos. Solo en Europa Occidental se dio un cierto equilibrio entre el poder real y una representación protoparlamentaria

de los intereses corporativos de la nobleza; luego, a lo largo de siglos, sus privilegios e inmunidades fueron traspasados paulatina pero seguramente a otros grupos y estamentos sociales más amplios. Este parlamentarismo incipiente, la institución del llamado convenio feudal entre señores y siervos (con derechos y deberes claramente establecidos), la idea de inmunidades frente a los máximos órganos estatales y el derecho de resistencia frente a malos gobiernos, configuraron la base del moderno Estado de Derecho y la democracia parlamentaria.³⁸

En innumerables sociedades del mundo entero han existido grupos sociales altamente privilegiados, munidos de riquezas quiméricas, pero no supieron constituir ni un estamento hereditario a lo largo de generaciones, ni una clase alta independiente en el campo económico, político y hasta cultural. Durante siglos solo la nobleza europea occidental ha conformado un estrato señorial organizado jurídicamente como instancia de derecho propio, con una ética y una estética diferentes del resto de la sociedad. No hay duda de que los privilegios de la nobleza nos parecen ahora odiosos, pero eran manifestamente visibles; la transparencia ha sido una de las ventajas más serias del orden premoderno, tan alejada de la falsa igualdad que hoy encubre discretamente las prerrogativas de las élites contemporáneas. La nobleza fue el fundamento de los llamados poderes intermedios (tan apreciados por Montesquieu y Tocqueville), cuya relevancia fue esencial para evitar las amenazas siempre existentes de un gobierno absolutista.

³⁸ Moore, Barrington, *Soziale Ursprünge von Diktatur und Demokratie. Die Rolle der Grundbesitzer und Bauern bei der Entstehung der modernen Welt* (Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. El rol de los terratenientes y los campesinos en el surgimiento del mundo moderno), Suhrkamp, Frankfurt, 1974, p. 477, ss.

Uno de los factores del éxito y perdurabilidad del régimen político-institucional en Gran Bretaña no ha sido solo la sabia combinación de monarquía, aristocracia y democracia —como lo postularon Aristóteles, Polibio y Cicerón—, sino también la flexibilidad operativa, aunada a la firmeza de principios, que ha exhibido su nobleza durante largos siglos. Una de las ventajas paradójicas de la nobleza en Europa Central y Occidental consistió en elaborar estrategias para mantener la posición y la fortuna incólumes durante siglos. Las primogenituras, los fideicomisos, los mayorazgos y otros mecanismos conllevaban sacrificios para las líneas laterales, pero han permitido un destino bastante diferente al de las grandes fortunas en el Tercer Mundo y al de los nuevos ricos burgueses, fortunas que tienden a evaporarse después de dos generaciones, lo que favorece una verdadera carrera por aligerar el erario estatal. En contra de prejuicios muy difundidos, las grandes propiedades nobiliarias han sido administradas con remarcable eficiencia y con un amplio sentido social.³⁹ Pensar en largos períodos temporales es, por ejemplo, el arquetipo del principio de responsabilidad: es la obligación más relevante y digna, puesto que esta concepción de totalidad, que abraza la dimensión del futuro y del medio ambiente, está dirigida hacia la naturaleza y nuestros descendientes. Desde la Revolución Francesa la propaganda liberal-burguesa y poco después la socialista en todas sus variantes han popularizado la imagen de los grandes terratenientes como una clase social compuesta principalmente por parásitos, sibaritas y holgazanes, lo que ha

³⁹ Cfr. Rudé, Georges, *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*, Alianza, Madrid, 1980; Mension-Rigau, Eric, *L'enfance au château. Aristocrates et grands bourgeois. Éducation, traditions, valeurs*, Plon Pluriel, París, 1990; la crónica de Hajo Schumacher sobre la actual nobleza en la República Checa: "Willkommen, Herr Graf" ("Bienvenido, señor conde"), en: *Der Spiegel*, N° 35, Hamburgo, 1994, pp. 140-147.

tenido poco que ver con la realidad, siempre más compleja y contraria a los lugares comunes. En los fragmentos que aun subsisten de la alta nobleza europea —cada vez más reducidos y más contaminados por la mentalidad y las modas de los estratos medios— puede percibirse un resto de aquellas virtudes cívicas que hicieron grande la Roma republicana y que están contrapuestas al comportamiento de los nuevos ricos actuales: autodisciplina y moderación, austeridad en la vida cotidiana, un comportamiento estoico ante las adversidades, lealtad para con los parientes y amigos, un interés vivo por la historia y los logros culturales asociados a la propia estirpe, una participación silenciosa en obras de beneficencia pública, una discreta solidaridad con los necesitados y un claro rechazo de lo vulgar, trivial y ostentoso.

Precisamente la sociedad moderna que tiende a especializar cada actividad laboral hasta límites insospechados —y, por ende, a enfatizar los fenómenos de alienación— requiere de instituciones y mecanismos anticipados por los modelos aristocráticos premodernos, que daban preferencia a ocupaciones que fueran inmediatamente gratificantes, un fin en sí mismas y no meros instrumentos para otros medios. El culto del ocio (que no debe ser confundido con la holgazanería) se consagra, por ejemplo, a la autodeterminación de cada uno en el marco de una actividad no lucrativa, y generalmente combina la política con el culto religioso y los placeres estéticos, lúdicos y hasta eróticos.⁴⁰ Max Weber reconoció que el juego, una de las actividades centrales de la aristocracia feudal, representa el polo opuesto de la racionalidad formal técnica y, simultáneamente, una barrera

⁴⁰ Cfr. el texto que no ha sido acogido en ninguna de las grandes compilaciones del autor: Habermas, Jürgen, “Die Dialektik der Rationalisierung” (La dialéctica de la racionalización), en: *Merkur Zeitschrift für Europäisches Denken*, vol. VIII, München, agosto de 1954, p. 721, ss.

para evitar los excesos de ésta, así como el lujo genuino es una de las mejores impugnaciones del utilitarismo plebeyo. De acuerdo con Weber el juego aristocrático tendría como meta la perfección individual y estaría estrechamente ligado al sentimiento caballeresco de la dignidad.⁴¹ Por otra parte, el “ser” —gracia y dignidad— constituiría el alma del código caballeresco, así como la “función” lo es del burocrático: el aristócrata que se dedica a la política vive para ella y no de ella.⁴² De ahí se deriva manifiestamente una defensa de la auténtica aristocracia, contrapuesta a la mera élite del poder, defensa que, por supuesto, debe ser considerada *cum grano salis*, al igual que todos los enunciados de este texto.

En un ensayo totalmente olvidado,⁴³ Theodor W. Adorno se refirió a valores de orientación positivos que han sido resguardados por los verdaderos marginales a partir de la segunda mitad del siglo XX: los artistas y los sobrevivientes de la antigua nobleza. Hoy en día, afirmó Adorno, aristócratas y artistas poseen en común un rasgo fundamental: no son burgueses en el sentido como los describieron Marx y Balzac. No están sometidos al principio de rendimiento y al intercambio mercantil de equivalentes. En la actualidad aristócratas y artistas no tienen habilidades para la esfera de lo cotidiano y pragmático, ni valores de orientación que los guíen en asuntos terrenales; por ello rara vez son exitosos. Por regla no ejercen un poder político o económico. Su atractivo, según Adorno, es independiente del poder y la

⁴¹ Weber, Max, *Wirtschaft und Gesellschaft*, *op. cit.* (nota 24), pp. 813, 826-828. Cfr. Mitzman, Arthur, *La jaula de hierro. Una interpretación histórica de Max Weber* [1969], Alianza, Madrid, 1976, pp. 212, 215-217, 220 sq., 268.

⁴² Weber, Max, *Politik als Beruf*, *op. cit.* (nota 31), p. 15 sq.

⁴³ En toda la literatura secundaria sobre la Escuela de Frankfurt hay una sola mención brevísima y fugaz de este texto de Adorno, donde no se aprecia la originalidad de la tesis adorniana. Cfr. Müller-Doohm, Stefan, *Adorno. Eine Biographie* (Adorno. Una biografía), Suhrkamp, Frankfurt, 2003, p. 607.

riqueza. La irradiación que es propia de algunos nobles se debe ahora al antiguo brillo de los apellidos y a los hechos históricos asociados a estos. Pese a todo han preservado un comportamiento signado por la desenvoltura y la generosidad. Aristócratas y artistas despiertan el recuerdo de algo familiar y, al mismo tiempo, perdido. En el mundo moderno causan la impresión estar desamparados e indefensos; esto origina una solidaridad tácita con ellos.⁴⁴ En la época actual el individuo genuino corre el riesgo de la soledad y el aislamiento. Según Adorno el trabajo ideal sería el de un artista, que combina la libertad de objetivos con el dominio del material: una razón mimética con un esfuerzo teórico.

Además, como afirmaron Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, el brillante despliegue de la cultura en Europa Occidental hasta el siglo XIX tuvo también que ver con la protección que los príncipes y los señores feudales concedieron al arte y la literatura, protección que significó libertad creativa para los artistas y los preservó de las coerciones del mercado y del “control democrático”.⁴⁵ Aunque las generalizaciones son inexactas y hasta peligrosas, puede decirse que las aristocracias europeas han sido menos proclives al dogmatismo y más abiertas al ámbito de la ciencia y el arte que, por ejemplo, los estratos medios e inferiores de los mismos periodos temporales. Su comportamiento ha estado más cerca del pragmatismo que de la ortodoxia. En la España de los siglos XVI y XVII, caracterizados por el fanatismo

⁴⁴ Adorno, Theodor W., *Wien nach Ostern 1967* (Viena después de Pascua 1967), en: Adorno, *Gesammelte Schriften in zwanzig Bänden* Obras reunidas en veinte volúmenes), Rolf Tiedemann *et al.*, comps., Suhrkamp, Frankfurt, 1977, t. 10: Kulturkritik und Gesellschaft I (Crítica de la cultura y sociedad I), parte I, pp. 423-431, especialmente p. 429 sq.

⁴⁵ Horkheimer, Max y Adorno, Theodor, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente* (Dialéctica del iluminismo. Fragmentos filosóficos), Amsterdam: Querido, 1947, p. 158.

religioso, el conformismo socio-político y el espíritu de la Inquisición, la alta nobleza exhibió un comportamiento algo más tolerante y cosmopolita que las otras clases sociales; el bajo clero y el pueblo llano descollaron en la persecución de los judíos, en la práctica de supersticiones y en el rechazo del pensamiento científico.⁴⁶ Según la investigación del historiador Horst Pietschmann, las reformas de índole liberal y laicista en la España del siglo XVIII fueron iniciadas, apoyadas y llevadas a cabo por una fracción ilustrada de la vieja alta nobleza —encabezada por el conde de Aranda—, mientras que las llamadas clases populares persistían en cultivar normativas tradicionalistas, instigadas en esto por la Iglesia Católica, especialmente por los jesuitas.⁴⁷

7 Algunas conclusiones

De modo realista hay que analizar y evaluar, entonces, cuáles clases altas son mejores que otras. La disolución de los regímenes comunistas a partir de 1989 ha mostrado, por ejemplo, que una buena porción de sus estratos privilegiados —altos funcionarios del Estado y del partido, gerentes de importantes fábricas y conglomerados empresariales, intelectuales y artistas de acendrado marxismo— se acomoda con relativa facilidad a circunstancias cambiantes; como su anhelo fundamental ha sido y es preservar sus privilegios (y no construir la sociedad justa y sin clases del mañana), estas élites se han consagrado con notable éxito a apropiarse de los medios estatales de producción y a constituirse en

⁴⁶ Arrillaga Torrén, Rafael, *Grandeza y decadencia de España en el siglo XVI*, Porrúa, México, 1993, p. 59, 62.

⁴⁷ Horst Pietschmann, “Carlos III (1759-1788)”, en: *Los reyes de España. Dieciocho retratos históricos desde los Reyes Católicos hasta la actualidad*, Bernecker, Walther L. comp., Siglo XXI, Madrid, 1998, pp. 172-176.

un nuevo estrato de capitalistas. En contra de la apología neoliberal hay que advertir que esta transformación no ha sido beneficiosa para el conjunto de la sociedad. La mayoría de esos nuevos grupos elitarios en Europa Oriental, pero también las clases empresariales surgidas durante las últimas décadas del siglo XX en América Latina, Asia y África, han resultado ser oligarquías autosatisfechas y autoritarias, que solo poseen una perspectiva histórica de corto aliento y cuyo mayor mérito estriba en el saqueo astuto de fondos públicos y otros fenómenos de corrupción. El sistema de libre mercado y hasta las concepciones liberales se ven vulneradas por las prácticas de las nuevas plutocracias capitalistas.⁴⁸ No poseen ni el buen gusto ni la moderación de las aristocracias tradicionales, ni el talento creador del empresario protestante, ni una visión estructuradora original para toda la sociedad como la tuvo la clásica burguesía capitalista. La cleptocracia rusa, las mafias familiares del Asia Oriental y las nuevas élites en África y América Latina deben su posición a un acceso privilegiado al enflaquecido aparato estatal del modelo neoliberal (pero muy provechoso si se lo sabe exprimir adecuadamente), al control del Poder Judicial (para evitar ser sometidas a juicio y castigo) y a un pacto del silencio (que evita las intrusiones de agentes hostiles al sistema). La contribución de las nuevas élites a la consolidación democrática a partir de aproximadamente 1980 es ambigua y accidental.⁴⁹

⁴⁸ Sobre el rol nefasto de estas nuevas élites y su carácter antiliberal (pese a que representan los máximos usufructuarios del modelo neoliberal), cfr. Benegas Lynch, Alberto, *Las oligarquías reinantes*, Atlántida, Buenos Aires, 1999; Sábato, Jorge Federico, *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características*, CISEA / GEL, Buenos Aires, 1988.

⁴⁹ Cfr. Ramos, Jaime, *Los de arriba: la cultura y ejercicio del poder entre los mexicanos*, Planeta, México, 1993; Higley, John y Günther, Richard, *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge U. P. Cambridge,

La mejor representación de estas nuevas élites es la cleptocracia⁵⁰ que se apoderó de las principales industrias y de los recursos naturales de Rusia después del colapso del comunismo en 1991. Se trata de la fracción más astuta de la vieja nomenclatura soviética,⁵¹ desinteresada totalmente por una auténtica democracia y, a la vez, adversa a la antigua nobleza rusa, pero que ha comprendido que una forma adecuada de gobierno es la instauración de un régimen formalmente democrático, la celebración de elecciones pluralistas y, al mismo tiempo, la manipulación de votantes mediante viejas estrategias y nuevos medios de comunicación. En un sistema de este tipo, no hay lugar para una genuina aristocracia autónoma, que pueda ofrecer resistencia seria a un gobierno y a una burocracia que han conservado casi todas las costumbres del pasado totalitario. El *rule of law* funciona paralelamente al *rule of arrangements*, la democracia al lado de la autocracia. Los grupos dirigentes revolucionarios de todo el Tercer Mundo, como tal vez lo fueron algún día en Cuba, no son realmente distintos a los estratos privilegiados y convencionales del presente. Siempre constituyeron contra-élites ávidas de poder y privilegios, consagradas a establecer su predominio político sobre el resto de la sociedad, pero disimulando este apetito tan humano bajo la cortina de humo del igualitarismo y del simbolismo revolucionarios. Como

1992; Roderic Ai Camp, *Mexico's Mandarins: Crafting a Power Elite for the Twenty-First Century*, California U. P., Berkeley, 2002; Günter Endruweit, *Elite und Entwicklung. Theorie und Empirie zum Einfluss von Eliten auf Entwicklungsprozesse* (Elite y desarrollo. Teoría y empiria sobre la influencia de las élites en los procesos de desarrollo), Lang, Frankfurt / Berna, 1986.

⁵⁰ Huber, Mária, "Das Ende der Sowjetunion" (El fin de la Unión Soviética), en: Merkel, Wolfgang y Busch, Andreas comps., *Demokratie in Ost und West. Für Klaus von Beyme* (Democracia en oriente y occidente. Para Klaus von Beyme), Suhrkamp, Frankfurt, 1999, pp. 273-289.

⁵¹ Margareta Mommsen, *Das "System Jelzjin"* (El "sistema Yeltzin"), en: Merkel / Busch (comps.), *op. cit.* (nota 50), pp. 290-309.

se mencionó, el ámbito árabe-islámico ha estado lleno de ejemplos de esta propensión político-histórica.

Este tipo de régimen político no es privativo de los países sucesorios de la Unión Soviética, sino que, bajo algunas variantes, ha tenido una expansión mundial. El establecimiento de la democracia y la introducción de la economía de libre mercado en países africanos y asiáticos, que han estado durante décadas bajo dictaduras socialistas, revolucionarias o meramente populistas, han traído consigo una sorprendente expansión de prácticas corruptas, el renacimiento de redes clientelísticas basadas en antiguas tradiciones familiares y, ante todo, el surgimiento de una nueva casta de empresarios privados, que eran hasta hace poco altos jerarcas comunistas o populistas. El régimen de economía privada contribuye a que esta nueva clase social se apropie individualmente de fondos y empresas estatales, borrando los límites entre lo público y lo privado —fronteras que nunca fueron muy sólidas— y estableciendo un sistema neopatrimonialista muy común actualmente, y todo eso en medio de elecciones correctas y pluralistas y sin que nadie se asombre. Sin duda de que las viejas-nuevas élites se sienten a gusto bajo el sistema democrático.

Este tipo de neoliberalismo plutocrático-plebeyo, pese a su duración, no parece ser un modelo a la altura de los tiempos ni frente a las demandas siempre crecientes del resto de la sociedad. En el Tercer Mundo los empresarios más importantes no han creado, en su inmensa mayoría, grandes inventos o mejoras tecnológicas o habilidades organizativas excepcionales (como los conocidos casos de Thyssen, Krupp, Siemens, Bosch, Mellon, Rothschild, Gates, etc.), sino que son “tiburones al acecho”,⁵² esperando esquilmar al Estado o al prójimo desprevenido o a ambos.

⁵² Majul, Luis Miguel, *et al.*, *Los nuevos ricos de la Argentina: tiburones al acecho*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997.

La aristocracia hereditaria debe ser distinguida claramente de una mera élite del poder, que depende de los favores y las dádivas del soberano o del gobierno de turno y que por ello no puede desarrollar continuidad institucional, una ética propia y una estética diferenciable, ya que su mayor preocupación es no perder el nexo, muchas veces aleatorio e imprevisible, con el poder supremo.⁵³ Esta élite del poder y las plutocracias contemporáneas se distinguen —con pocas excepciones— por su ineptitud en el ejercicio del gobierno y por su esterilidad intelectual en la formulación de políticas públicas. Estos estratos son las fuentes actuales de un mal gusto digno de toda crítica, por un lado, y de inclinaciones autoritarias, por otro. Tres peculiaridades de la antigua élite del poder en la época del absolutismo han mantenido y acentuado la alta burocracia y la plutocracia en los países del Tercer Mundo: el saqueo del tesoro público como fuente de su bienestar y opulencia, la estulticia en el manejo de los asuntos de Estado y la carencia de preocupaciones por el destino de la sociedad en el largo plazo, incluida la suerte de sus propios descendientes.

Por otra parte, la genuina aristocracia, cuyo paradigma es la nobleza hereditaria, ha representado un contrapeso al mundo gris de la tecnoburocracia, demasiado uniformado y racionalizado (en sentido instrumental), precisamente debido a la característica contingente de ser miembro de la misma, a sus ritos curiosos y a sus costumbres anacrónicas: un contrapeso adecuado tiene que proceder de un principio constituyente distinto y alternativo. Las aristocracias tradicionales han resultado más humanas y menos peligro-

⁵³ Sobre la existencia de una élite del poder a lo largo de la historia española (y la debilidad concomitante de la aristocracia hereditaria), cfr. Maravall, José Antonio, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1979, p. 8, 160, 192, 199, 256, 301, ss.

sas para el destino del mundo que las nuevas élites que han emergido por “esfuerzo propio” en la segunda mitad del siglo XX. La existencia de una aristocracia hereditaria absorbería el primer lugar del prestigio social-histórico y del reconocimiento público, y así se podría mitigar, aunque sea parcialmente, las ansias de prestigio de estos grupos y desviar su energía realmente asombrosa (incluida su capacidad de corromper a la sociedad y sus inclinaciones autoritarias) hacia otras metas más inofensivas.